

# Algo se lo lleva

Marce Galbán



## Capítulo 1

Un sonido estridente acaba de atravesar el aire en cuatro tiempos acompasados, se ha incrustado en el aire violentamente, como si quisiera descomponerlo, guillotinarlo, hacerlo caer en finas láminas al suelo. Él ya sabe.

Por entre las cortinas blancas, transparentes, que se mueven como solas delante del ventanal, entra a esta sala una brisa invisible y pegajosa, de verano. Y con ella, por momentos, con las luces de la farola de la calle, también la noche.

Después del cuarto timbrado, recién ahora atiende; su mano se separa del cuerpo, se eleva en la penumbra que lo rodea, alcanza el tubo hasta la oreja. Los tonos grises en el aire tocan todas las cosas que vemos, la mesa, las sillas, el sofá de tres cuerpos, las paredes. Las duermen o las ocultan. Él parece no tener prisa en atender, sus movimientos son como los de un hombre muy viejo, aunque es un hombre joven, treinta y cinco años diría yo. Distinto es durante el resto del día, cuando recibe los llamados de clientes en la oficina donde trabaja, y su cuerpo se mueve con la agilidad que requiere las diligencias cotidianas. Sin embargo ahora no dice nada al atender, ni mucho menos pregunta quién llama. Solo sostiene el tubo a la altura de la oreja, aunque eso es también, en cierto modo, un formalismo. Sabe –lo sabe bien— que no sería necesario acercar el auricular al oído, ya que del otro lado de la línea, tampoco dicen nada.

A diferencia del silencio que lo rodea, en esta sala en penumbras donde está parado, este silencio, el que se escucha dentro de su auricular, es un silencio distinto a todos los otros silencios ya conocidos.

Un silencio profundo, húmedo, incómodo, surcado por momentos con unos ruidos de estática. Eso oye. Nada más.

Después de unos segundos, todavía con el tubo en la oreja, del otro lado de la línea se escucha el golpe seco cuando cuelgan. Entonces él cuelga también, suavemente.

Busca con la mirada la silla tapizada de terciopelo rojo, junto a la pequeña mesa del teléfono, y se sienta en ella. Todo el peso de su cuerpo parece ser atrapado por esta silla, y desde ahí ya no se sorprende por esas huellas de barro que aparecen ahora en el suelo.

Es otra noche, una noche nueva, podemos saberlo porque a pesar de la oscuridad notamos que él lleva otra ropa puesta a la que ya le vimos. Está parado frente a la ventana que da a la calle. A sus espaldas

quedan quietos los muebles, el sofá de tres cuerpos, la mesa y sus seis sillas, la mesita del teléfono, la pequeña silla de terciopelo rojo donde se sienta después de los llamados. Son las doce ya. Se arremanga y mira en su reloj. No. Todavía falta nueve minutos.

Sin saber por qué, se le ocurre pensar en la noche cuando caminaba por la calle, hasta que de repente tomó conciencia de la hora y con violencia se soltó del brazo de esa mujer con la que había aceptado tener una cita. Era la primera vez que se veían, los detalles del encuentro no revisten mayor importancia, hasta que en un momento determinado de la noche se acordó de los llamados y no tuvo más remedio que hacer eso que hizo; la conversación lo había enredado hasta el punto de hacerle perder la noción del tiempo; se odió a sí mismo por distraerse, por dejarse encandilar por aquella mujer, ya era medianoche, y de repente sin dar explicación alguna habido comenzado correr hacia su casa. Aquella mujer desconcertada se quedaba sola, de pie en medio de la calle, sin entender qué sucedía, con su cuerpo todavía en la posición que llevaba cuando caminaban juntos, el brazo un tanto curvado, un paso a medio dar, sin saber por qué ese hombre se alejaba como un loco y de buenas a primeras decidía abandonarla. Llegó hasta su edificio, abrió la puerta de calle, llamó con urgencia al ascensor que no bajaba nunca, y segundos después subió desesperadamente por las escaleras. Ahora recuerda el rostro desencajado de esa mujer cuando lo vió observar la hora en su reloj y darse cuenta que ya casi eran las doce. Debe confesarse que sabe de ella apenas su nombre. Pronto irá a olvidarla, por el bien de los dos. Aunque quisiera alguna vez poder volver a verla.

Sin embargo esto no puede volver a sucederle, lo sabe. Para eso ha decidido regresar más temprano a casa, calcula que si se esfuerza, si camina a paso vivo, puede llegar a la estación para tomar el tren de las cinco, y así regresar del trabajo alrededor de las seis. Necesita poner el departamento en orden, que todo esté en su lugar, limpio, ordenado, como si de veras alguien lo fuera a visitar a media noche. Le parece curioso tener esa necesidad, sentir la presencia del llamado. Mira su reloj. Ahora solo falta tres minutos para las doce. Su mente se altera en estos últimos segundos, de súbito le viene a la memoria cuando un día perdió las llaves de su casa y lloró en silencio sentado en la escalera del pasillo. Para distraerse alisa el mantel sobre la mesa, acomoda los almohadones del sofá, entorna las cortinas. Si prestamos atención, lo vemos mirarse frente al espejo. No se pregunta quién lo llama todas las noches, sino qué cosa significa su silencio. Comprueba que el teléfono tenga tono, esto lo tranquiliza. Ya son las doce. Y el timbre del teléfono atraviesa el living, llega a sus oídos, lo electrifica, se le cuele aquel en la sangre. Al cuarto timbrado decide atender.

Tal vez no tenga la menor importancia mencionarlo, mas el primer llamado se sucedió así. Era media noche, el televisor estaba apagado, la radio estaba apagada, las luces estaban apagadas, sólo se escuchaba su

respiración, lenta y profunda, como el rumor de un agua oscura batiéndose desde el fondo de un pozo. Y de repente la sensación de que un rayo le tocaba el cuerpo le hizo entender que debía esperar unos segundos, porque algo se aproximaba, viajaba por el tiempo y por el espacio, como la onda expansiva de una bomba muda. Entonces se quedó quieto, parado donde estaba, en una posición extraña, aunque en realidad lo que quería era huir.

Entonces dijo

-Ahora el teléfono va a sonar.

Y de la nada el timbre del teléfono comenzó a sonar. Miró con aprensión al aparato cuya campanilla en medio de aquel silencio parecía haber sido amplificadas para lastimarlo. No atendió. Dejó que el teléfono sonara. Al cuarto timbrado no soportó más. Del otro lado de la línea, solo silencio. Luego apartó la mirada, y descubrió unas huellas de barro que aparecieron en el piso. Por instinto se miró los zapatos, aunque sabía que estaban limpios.

Más tarde limpió con un trapo las huellas que había encontrado en el suelo. Eran huellas de zapatos de hombre, más grande que las de su talla. Cuando volvió a sentarse en el sofá, se sintió un hombre distinto, más pesado, envejecido, acobardado.

Pero sólo era el efecto de comenzar a saber que algo fuera de su comprensión acababa de alcanzarlo.

Durante semanas se había sentido seguro con la puntualidad de los llamados, en la distancia que se le proponía. Y estaba bien así. Con el correr de los días descubrió el placer de cerrar las ventanas, aunque hiciera calor, de apagar las luces, en la penumbra adivinaba donde se encontraban los muebles, y se concentraba en aquel silencio que hacía nacer aquel otro silencio que le llagaba a media noche. Fue cuando comprendió con alivio y con tristeza que ya no necesitaba de nadie más. Aquella vez salió de su departamento y lloró sentado en las escaleras, igual a cuando había perdido las llaves de su casa. Luego pronunció las palabras en voz alta, el sonido se hizo eco entre los mármoles del piso y se estrelló contra su cabeza.

-Ya nadie me es necesario.

Dijo.

Pero al entrar otra vez a su departamento un pensamiento que había permanecido oculto en algún lugar de su mente lo llenó de angustia.

Y si es que nadie llama.

Ahora vuelve a pensar en eso. Por algunos días había logrado olvidarse pero este pensamiento lo invade y lo domina. Es por eso que no contestan, porque no hay nadie del otro lado de la línea, piensa. Detenido en medio del living, aquel silencio que atesoraba de pronto ya no le gusta. La respiración se le acelera, comienza a descubrir sus propios latidos, ya no siente las manos. Debe sentarse, intentar aclarar la mente, despojarla de todos esos gritos que se amontonan junto a los oídos. Busca en su memoria, nombres y rostros que puedan darle identidad a los llamados. Un desfile vertiginoso de rasgos humanos se forman y se deformaron entre voces que se superponen como capas sonoras por encima de una bola de arcilla. Hasta que de pronto, lejos de encontrar una respuesta, aparece en su mente una idea. Se le ocurre pensar en una de esas máquinas. Todo se debe a una horrible equivocación. Imagina una de esas viejas máquinas que llaman para encuestar, con una cinta gastada que ya no se escucha, debe ser un dispositivo trabado que marca a la misma hora siempre el mismo número.

Aquel pensamiento lo deja vacío. Quiere reírse pero no tiene fuerzas. Quiere llorar pero no tiene coraje.

Para quitarse la angustia de encima planifica una tarea ridícula: piensa en contactar a su compañía telefónica para quejarse, eso hará, redactar una carta para evitar preguntas incómodas, o mejor arrancar de un tirón el cable del teléfono y terminar con todo este asunto de una buena vez y para siempre...

El desfile de rostros humanos se detiene, se forma de todos aquellos rostros uno solo, un solo rostro, con la boca abierta en un grito. Desde el fondo de un pozo oscuro ve su rostro. Es él. Está frente al espejo del living, lo vemos que se mira por un momento en el reflejo de sus ojos, y aunque no es más que una intuición, una idea, un temor hijo de aquella idea, se pregunta sin titubeos y en voz alta si no se estará volviendo loco.

Esta mañana ha salido de su casa rumbo al trabajo, se ha detenido en la panadería a comprar algo para desayunar, ha estado en la oficina hasta las dos de la tarde, ha ido hasta el bar de la vuelta para almorzar, ha regresado al trabajo con menos ganas, se han hecho las cinco de la tarde, ha tomado el tren y ahora está otra vez en su casa. Si ha conversado con alguien durante el día no lo recuerda, aunque lo más probable es que no la haya hecho. Con las últimas horas de sol, las sombras en las paredes y en el techo se estiran y se vuelven anaranjadas. Luego azules. Luego grises. Nosotros las vemos moverse como en cámara

rápida. Al fin ha llegado la noche.

Son las doce menos un minuto. Algunos segundos después el teléfono suena. Una vez. Dos veces. Tres veces. Cuatro veces. El tubo en la mano, cerca de la oreja, y el silencio del otro lado de la línea. A su alrededor, una mesa, sillones, una ventana en el cuarto piso y cuatro pisos más abajo, una calle de empedrado mojada por la lluvia; se ha puesto a llover, en algún momento, y él ni siquiera lo ha notado. El silencio del otro lado de la línea esta vez es pétreo, denso, casi que huele a un agua quieta durante mucho tiempo. Durante unos minutos se olle nada, hay vacío, él se siente caer en ese hueco, no hay ni siquiera el roce del aire en movimiento. Del otro lado cuelgan. Él cuelga también. Lentamente.

Nota que se ha transpirado la ropa, y le tiemblan un poco las manos. Todavía no sabe por qué. Algo disntinto ha sucedido. Vuelve a levantar el tubo, pero es inútil y lo sabe. No hay silencio, sino que el ruido del tono lo sacude y lo despierta. Se sienta en la silla roja de terciopelo, busca en el suelo con la mirada. Las huellas de barro no sólo aparecen en el piso, esta vez forman un círculo. Encierran la mesita del teléfono y la silla donde está sentado.

Alguien durante el silencio del llamado ha caminado a su alrededor.

Hoy ha sido un día difícil, entre la duda y la desesperación. Teme estar en lo cierto, haber resuelto el enigma, esa idea de la máquina encuestadora lo ha invadido durante todo el día, no lo ha dejado concentrarse en su trabajo, ni tragar siquiera un bocado a la mañana, ni al mediodía, ni esta noche. Un enjambre de polillas le sube desde el estómago hacia la garganta. Tiene ganas de vomitar. Pero no tiene nada en el estómago; polillas, nomás, aleteando entre el estómago y la garganta. Sabe que hay un solo modo de saber si sus elucubraciones son ciertas. Debe hacer una pregunta, cuando llamen. A ese silencio que escucha siempre.

¿Quién sos? Y aquel silencio deberá responder.

Ahora piensa en salir a la calle, en distraerse, en volver a ser el que recuerda. Para eso lo vemos dar unos pasos y llegar hasta la puerta de su departamento, pero no podrá salir. No logrará abrir aquella puerta, y no es porque algo en el mecanismo de la cerradura haya dejado de funcionar, sino porque siente que no debe hacerlo. No debe abandonar la casa. Tiene que quedarse allí, enfrentar ese silencio.

Romperlo con su pregunta.

Ahora se ríe. Su carcajada es estruendosa y nos sorprende.

Son los nervios. Tal vez sea mejor así. No más llamados. Camina entre la penumbra para verse en el espejo. No más pozos negros en las cuencas de ese rostro que lo mira. ¿Habrá sido una trampa de la mente, será una cuestión de ansiedades, de exceso de pastillas para el auxilio? Se lo pregunta sin verdadera convicción.

El timbre del teléfono atraviesa el aire de su departamento, y lo encuentra en el baño, donde ha ido a refugiarse. Tiene el cepillo de dientes en la mano, como si quisiera evadirse en la rutina de antes de acostarse. Pero lo deja caer al suelo, es un arma inútil que no podrá protegerlo. Se enjuaga la boca, cierra la canilla. Se escucha sonar el timbre del teléfono. Son las doce. Y aquel miedo que parecía lejano o ausente de pronto regresa otra vez para envolverlo. Le sudan las manos, aparece un zumbido desgarrador en los oídos. Van tres timbrazos. Abandona el baño y camina entre la penumbra del living, como si hubiese recibido una orden superior, sin pensar, sin cuestionarse nada, todos los pensamientos apagados, aturdidos en realidad por el timbre del teléfono. Cuarto llamado. Apoya la mano en el tubo, la siente temblar, como si su mano se apoyara en otra mano temeroza, y al cabo de unos segundos atiende. Aquel silencio del otro lado de la línea devora el tiempo, y también la luz. Y ante aquel silencio que se forma él quiere decir algo, decirse algo, decirle algo a quien está del otro lado de la línea.

¿Quién sos?

Y sin embargo permanece inmóvil, con el tubo en la mano, sin poder hablar. Quiere hablar pero no puede. Como si no supiera hacerlo, como si no hubiera hablado nunca en su vida. Es entonces cuando escucha que del otro lado de la línea le hablan. Dicen algo, por primera vez. En todo este tiempo.

Es una voz grave. Cavernosa. Muy lenta.

Dice

-Entra allí.

Parado junto a la mesita del teléfono, él gira y observa ese rectángulo negro que se ha formado en el piso. Al principio no puede darse cuenta, luego comprende que es un hueco. Se ha abierto donde antes no había más que suelo. Es un paso que conduce hacia alguna bodega subterránea, pero no logra ver que hay allá abajo. Deja el tubo sobre la mesa, junto al teléfono. Da unos pasos nada más. Se detiene, baja la mirada, observa con detenimiento. Mira ese hueco, se alcanza a

ver unos primeros escalones de piedra que descienden.

La voz ahora suena en toda la sala. Grave. Cavernosa. Muy lenta.

-Entra allí.

El living se ilumina, por completo. Se llena con una luz blanca, cegadora. Aparecen nítidos los muebles, quietos, pesados, brillantes a su alrededor.

Allá abajo no puede verse nada. El rectángulo en el piso se hace aún más negro.

La luz se intensifica, todo es blanco ahora, y las cosas comienzas a perder su relieve, su profundidad, se disuelven en esta luz que las devora. Las paredes quedan desnudas, hasta que no queda nada.

El living se vuelve un enorme cubo vacío. El silencio es absoluto.

Son sólo sus pasos al bajar los escalones lo único que se escucha.